

# Por qué China

Gabi Martínez

**EL APLAZAMIENTO INDEFINIDO DE LOS DOCUMENTALES SOBRE CHINA POR PARTE DE LA PRODUCTORA NO IMPIDIÓ A GABI MARTÍNEZ PROSEGUIR SU INTERÉS POR ESTE PAÍS Y MÁS EXACTAMENTE POR SU DIMENSIÓN MARÍTIMA. ESTA ES UNA BREVE PERO SIGNIFICATIVA VISIÓN DE SUS DESCUBRIMIENTOS Y DESLUMBRAMIENTO, QUE SE CONCRETÓ EN EL LIBRO *LOS MARES DE WANG* (ALFAGUARA).**

El año que cayeron las Torres Gemelas de Nueva York, la economía china continuó prosperando a un ritmo insólito. El país se postulaba como serio candidato a suceder a los Estados Unidos en el rol de líder mundial. Occidente empezaba a recibir oleadas de información sobre China, casi siempre aludiendo a estadísticas, movimientos empresariales o políticos y catástrofes medioambientales. Pero de los chinos, de las personas, se hablaba poco. ¿Qué les gustaba comer? ¿Cuáles eran sus *hobbies*? ¿Sus sueños? ¿Sus ídolos? ¿Viajaban?

Manhattan aún olía ceniza fresca cuando me senté a planear con una productora la última fase de una serie de documentales que, dividiendo el territorio en cuatro partes, explicarían la «nueva» China a través de su gente. Poco después, la declaración de guerra de la Casablanca a Afganistán hizo que Pekín cerrara sus fronteras más al oeste –habitado por numerosos musulmanes– y restringiera la entrada de extranjeros.

El proyecto de los documentales se fue aplazando... hasta que la productora lo olvidó, dejándome, eso sí, enganchado al Imperio del Medio. Durante los siguientes años, consumí China a discreción. Un día detecté algo obvio de lo que curiosamente se había hablado muy poco: la vanguardia del cambio se concentraba, sobre todo, en el mar. La China que estaba transformando las relaciones comerciales en el planeta tenía su clave en un litoral casi

desconocido por un Occidente mal dispuesto a comentar la actualidad de ciudades alejadas de su clásico *star system*: Shanghai, Guangzhou (la antigua Cantón), Macao y Hong Kong.

Bastó asomarse al agua para deducir las posibilidades de Qingdao, nueva Meca de turistas y sede de los Juegos Olímpicos marítimos; de Suzhou y Hangzhou, Venecias chinas; Xiamén, refugio de pianistas; Hainan Dao, literalmente la Isla del Mar del Sur... La influencia de las ciudades que crecían junto al mar me permitió enfocar China, comprimirla de algún modo, y cuando busqué libros más o menos modernos que hablaran sobre esa franja decisiva en cualquier lengua que yo pudiera leer –y puedo leer seis–, fue sorprendente no encontrar más que una especie de diario escrito por misioneros. La costa china, y hablo de la costa al completo, desde la frontera con Corea del Norte hasta la de Vietnam, era un espacio casi virgen para la literatura occidental.

No lo justifica, si bien la dificultad de la lengua explica en cierto modo la falta de textos sobre los habitantes del país. Yo mismo no sé hablar chino. De ahí el protagonismo de Wang, mi traductor. Nacido en una provincia del interior, hijo de campesinos, Wang estudiaba español porque creía que China iba a necesitar intérpretes para negociar con una Latinoamérica dispuesta a empatizar a fondo con su nuevo gran socio asiático.

Wang nunca había visto el mar. No sabía que el comunismo, en la costa, era otra cosa. Más de una vez discutimos porque no quiso traducir alguna de mis preguntas observando que «eso no se le pregunta a un chino». Al partir, Wang era virgen, no tenía ninguna experiencia con mujeres, y le perturbó enormemente descubrir que China ofrecía un inmenso catálogo de prostitutas. La imagen que él tenía de su país estaba basada en las narraciones de los mayores, las noticias de la tele e internet, los documentales históricos y las películas aprobadas por el gobierno. Durante el viaje, la China no oficial le estalló en la cara.

Es cierto que no hay nada como conocer el idioma para al menos aspirar a intuir cómo piensan, viven, sienten, los habitantes de un lugar. Es cierto que, con Wang, me puse en manos de alguien que me iba a condicionar en exceso. Pero también lo es que Wang fue un regalo. Inesperado, doloroso en ocasiones, pero un regalo, porque junto a él experimenté vivencias tan íntimas e

impactantes que me van a acompañar siempre. Aquella convivencia resume, a pequeña y por eso muy verosímil escala, con personas y no conceptos, esa idea tan trillada del «choque de civilizaciones».

Con Wang asistí a cómo la brecha entre el campo retrasado y la sofisticada línea marina se ampliaba. A cómo los jóvenes aparcaban la paciencia y el desapasionamiento proverbiales dejándose ganar por los apetitos y tentaciones de última hora, a la vez que algunos eran capaces de expresar sus protestas contra el gobierno. A cómo las diferencias entre viejos y jóvenes eran mayores que nunca. Contemplamos desde primera línea, en fin, la metamorfosis nacional más grande de las últimas décadas, con un país sometido a todas las angustias y esperanzas de esta época vertiginosa. El país emergía como un símbolo de renacimiento y rebelión, su corazón bombeando como el de un animal portentoso e indómito pero perdido, inconsciente de sus auténticas posibilidades. Y ahí fue cuando pensé que todos éramos China. Que probablemente no hubiera otro país en la Tierra cuyas expectativas, temores, anhelos y confusiones resumieran tan bien el espíritu de los seres humanos a principios del siglo 21. Quizás ahí latiera un porqué fundamental para entender las razones de mi viaje. Pero de esto me daría cuenta después, una vez acabó todo. Como suele pasar ©

